TRIBUNAL CALIFICADOR de la convocatoria para la provisión, mediante oposición, de **136 plazas** del puesto de trabajo de **Auxiliar Administrativo** al servicio de la Administración de la Comunidad Foral de Navarra y sus organismos autónomos

(Boletín Oficial de Navarra nº 108, de 05/06/2019)

SEGUNDO EJERCICIO de la SEGUNDA PRUEBA de la oposición

Sábado, 15 de febrero de 2020

Código del texto:

txt01

Todo parecía indicar que era un comportamiento habitual en el Milagrero: utilizaba su supuesta espiritualidad para aprovecharse de la ingenuidad de las personas. La gente normal tenía una fuerte tendencia a aceptar las palabras de los líderes sin cuestionarlas. Al observar las reacciones del Milagrero, miré a Dimas y pensé: “Ni siquiera Mano de Ángel sería tan osado”.

Por su parte, Dimas, que ya conocía un poco mi naturaleza gracias a Bartolomé, pensó: “Ni siquiera este intelectual arrogante sería capaz de manipular tanto a los demás”. Bartolomé, más honesto que nosotros dos, dijo:

-Sólo con dos botellas de vodka encima logré tener tantas alucinaciones como ese sinvergüenza.

Después de criticar al Milagrero, nos invadió cierta inquietud. Nos miramos entre nosotros y pensamos lo mismo: “¿Por qué nuestro maestro está observando a este sujeto? ¿Tendrá interés en invitarlo a formar parte del equipo?”.

-¡Yo abandono!, dijimos al unísono los tres, incómodos ante tal posibilidad.

Estábamos preocupados. Observamos qué hacía el maestro. Deseábamos que ignorara a aquel sujeto, pero, al contrario, se le acercó. El corazón nos latía a gran velocidad. El Milagrero miró al maestro y, para tranquilidad del grupo, no dijo nada; solamente movió la cabeza con gesto de desaprobación. El vendedor de sueños cometía muchos errores, pero nunca el de controlar a nadie. Para él, la conciencia de una persona era inviolable. La libertad de elección no podía ser manipulada de ningún modo. Su mayor crítica contra el sistema social era que vendía engañosamente una libertad que no existía, una libertad que estaba en las páginas de la democracia pero no en las de la historia de los seres humanos. Había muchos esclavos encadenados por sus pensamientos perturbadores y sus preocupaciones.

Después de desaprobarlo silenciosamente, el maestro hizo dos afirmaciones bastante severas:

-Los milagros no convencen. Si lo hicieran, Judas no hubiese traicionado a Jesús. Los milagros pueden afectar al cuerpo pero no a la mente. Si lo hiciesen, Pedro no hubiera negado a Jesús.

Edson se quedó mudo. No sabía qué responder pues nunca había pensado en esos temas. Entonces, el vendedor de sueños sacó una conclusión impresionante que me impactó profundamente como profesor.

-El hombre al que tú afirmas seguir jamás utilizó su poder para controlar a las personas, dijo. El hombre de Nazaret nunca usó su poder para seducir multitudes y conquistar seguidores. Por eso, en una actitud contraria al marketing político, a aquellos a quienes ayudaba les pedía discreción. Sólo quería ser seguido por los que sentían espontáneamente un amor insondable por él. No quería siervos, sino amigos.

Estas palabras hicieron que me sumergiera en una reflexión sobre la historia. Recordé que los europeos, en siglos pasados, habían cometido atrocidades en nombre de Cristo: mataron, torturaron, hicieron guerras, invadieron, discriminaron. Tiraron a la basura la bondad del hombre que no controlaba a nadie, que no admitía siervos. Fueron siglos de luchas infernales y millones de muertes en nombre de alguien inventado por ellos. Siglos de rencor y enemistad hacia los musulmanes; una animosidad que continúa todavía hoy. Gracias al maestro, yo empezaba a dudar de mi ateísmo. En el fondo, la religiosidad intransigente me producía asco.

El Milagrero se sintió paralizado; nunca nadie lo había corregido sin criticarlo. Después del breve diálogo, el vendedor de sueños se retiró dejando a varias personas intrigadas. Nosotros nos sentimos aliviados. ¿Durante cuánto tiempo más? No lo sabíamos.

Al día siguiente apareció publicado un artículo sobre lo que había ocurrido en el velatorio en el diario “Información Urgente”, con el siguiente epígrafe: “Un extraño transformó un velatorio en un jardín”. El artículo estaba ilustrado con una foto de nosotros saliendo de allí; había sido sacada sin que nos diéramos cuenta. El reportaje no era difamatorio, más bien contenía informaciones interesantes. Decía que un audaz desconocido quería cambiar la dinámica de los velatorios, quería que dejaran de ser patrimonio histórico de la desesperación y se transformaran en ocasión para el homenaje.

El periodista había entrevistado a algunas personas que habían escuchado al maestro. Algunos le habían dicho que iban a escribir una carta a sus familiares pidiéndoles que en el momento de morir no organizasen un cortejo fúnebre presidido por la desesperación y la pena, sino que simplemente se dedicaran a hablar de lo que había hecho en su vida. Que recordasen sus actos de amor, sus palabras, sus gestos, sus sueños, sus amistades, y también su estupidez. Querían que, en medio del dolor, un aura de alegría inundase la mente de los que se despedían.

El artículo comentaba que el personaje era el mismo que había causado un alboroto en los alrededores del edificio San Pablo. Y concluía con dos preguntas: “¿Estamos frente a un gran ateo o ante el portador de una incomprensible espiritualidad? ¿Estamos ante un profeta del mundo moderno o frente a un loco?”.

La mañana siguiente, después de despertarnos, vimos al maestro aislado, conversando consigo mismo. Era la segunda vez que lo encontrábamos inmerso en un auto diálogo. Hacía gestos como si estuviese teniendo alucinaciones o como si cuestionase sus propias razones. 10 minutos más tarde, se acercó a nosotros, relajado; parecía haber limpiado su mente de la basura que se acumulaba en el día a día.